

y atacada por todo el ejército francés, tuvo que rendirse después de una gloriosa defensa. Mardik, que había sido reconquistada por los nuestros, volvió a poder del duque de Orleans, que recobrada esta plaza regresó a París, dejando el mando del ejército al de Enghien, el cual comenzó por rendir a Furnes, y acabó la campaña de aquel año por apoderarse de Dunkerque (7 de octubre), sin que fuera bastante poderoso o activo Piccolomini para socorrer a Dunkerque, como no lo había sido Lorena para dar socorro a Courtray. El de Lorena perdió la plaza de Logwi, única que le quedaba en sus estados (1).

Tal serie de pérdidas y tal cadena de reveses puso en el mayor cuidado a la corte de Madrid, que para no acabar de perder lo de Flandes no halló ya mas arbitrio que pedir ayuda y protección al emperador de Alemania. Muchos motivos tenía el austriaco para no negarla. Sobre haber sido constantemente unos mismos los enemigos de las dos ramas de la casa de

AIRE, SITIADO POR LOS FRANCESES



FELIPE IV



R

Austria, nunca España había negado sus poderosos auxilios al imperio, antes los había prodigado siempre, y ahora que España necesitaba del imperio, no podía este faltarle sin nota de ingratitud. Precisamente le daban algun respiro las escisiones entre suecos y franceses. Y además acababan de estrecharse los lazos de familia por medio del segundo matrimonio del rey Felipe IV que se había ajustado por este tiempo con la archiduquesa Mariana, hija del emperador Fernando III (2). Accedió pues el emperador a dar la protección que se le pedía, siempre que se nombrara virey de Flandes al archiduque Leopoldo con las mismas facultades que habían tenido el archiduque Alberto y el cardenal infante de España, condición que pareció bien a los ministros españoles, porque la autoridad concentrada en manos de un príncipe era lo que podía hacer cesar los celos y disidencias entre los generales de Flandes, que en mucha parte habían sido la causa de tantas desgracias. Hízose pues un nuevo pacto de amistad entre las dos casas de Austria y de España. Pero a su vez la Francia celebró otro tratado de confederación con la reina de Suecia, el duque Maximiliano de Baviera, el Elector de Colonia y el príncipe Maximiliano Enrique, y todas sus provincias, ejércitos, obispos y dinastías (3).

Llegado que hubo el archiduque a Bruselas, procuró acreditarse recobrando algunas de las plazas que nos habían conquistado los franceses. Recuperó en efecto a Armentieres, tomó a Landreay (mayo y junio, 1647), a Dixmude y algunas otras fortalezas; pero en cambio los mariscales Gassion y Rantzau se apoderaron de la Bassée, de la Esclusa, que hicieron demoler, de Lens, cuyo sitio acabó Rantzau, herido en él

(1) Historia de las Provincias Unidas de Flandes.—Limiers: Historia del reinado de Luis XIV.—Guillermin: Hist. MS. del duque Carlos de Lorena.

(2) Las cortes, muerto el príncipe don Baltasar Carlos, invitaron al rey a que contrajera segundas nupcias para que no quedara sin sucesión el trono. Felipe eligió a la archiduquesa Mariana de Austria. Don Diego de Aragon, embajador en Viena, fué el encargado de esta negociacion. El 2 de abril (1647) se dieron por acordadas las capitulaciones entre ambas cortes, y el 17 de julio de 48 se publicaron las bodas en Madrid. El conde de Luminares fué como embajador extraordinario a llevar las joyas a la reina.

(3) *Transactio inter Regem Ludovicum XIV Gallie et Navarra, Regnam Suecic Dominam Ameliam Elisabetham, administratiem Hassie inferioris... tum ex altera parte inter electorem Maximilianum Ducem Bavarie, et universam domum electoralem. Electorem Coloniae, et principem Maximilianum Henricum, ipsorum provincias et exercitus, etc., inita Ulme Suecorum, die 14 martii anno 1647. Pacta Gallie, cap. LXXI.*

mortalmente Gassion (julio y agosto, 1647), y frustraron la tentativa que el archiduque hizo sobre Courtray. La campaña acabó por una reñidísima accion cerca de Lens entre el archiduque, el general Beck y el príncipe de Ligne de una parte, el príncipe de Condé, Grammont y Chatillon de otra, en la cual, después de llevar los alemanes y españoles arrollada una gran parte del ejército francés, por precipitacion del archiduque y desorden con que marcharon los nuestros creyéndose ya vencedores, dieron lugar a que Condé aprovechara hábilmente aquella imprudencia, y volviendo sobre el ala izquierda, y arremetiéndola furiosamente fué sucesivamente derrotando izquierda, centro y derecha, huyendo el archiduque en desorden con las cortas reliquias de su destrozado ejército. Perdiéronse entre muertos, prisioneros y heridos sobre ocho mil hombres; entre estos últimos lo fueron mortalmente los generales Beck y príncipe de Ligne, con los mejores oficiales: quedaron en poder del enemigo treinta y ocho cañones, muchas banderas y todo el bagaje (4). El desastre fué completo para nosotros, y vino, por si algo faltaba todavía, a acabar de convencer a la corte de Madrid de que era ya imposible sostener la guerra en los Países Bajos, por lo menos si no se daba a la política otro rumbo.

Tiempo hacia que se trataba de una paz general entre todas las potencias y príncipes de Europa. Los primeros tratos habían comenzado en 1641 en Hamburgo, pero las verdaderas negociaciones no se entablaron hasta 1644, celebrándose conferencias al mismo tiempo en Osnabruck y en Munster, concurrendo al primero de estos puntos los enviados del emperador, de los Estados del imperio y los de Suecia, y al segundo los plenipotenciarios del emperador, los de Francia, España y otras potencias. Hízose así para evitar cuestiones de preeminencia entre Suecia y Francia, pero considerándose las conferencias como si se celebraran en un solo punto para las condiciones del tratado definitivo. España envió primeramente a Munster en calidad de plenipotenciario al célebre escritor don Diego de Saavedra Fajardo, que estuvo hasta 1646, y después fueron enviados con poderes especiales el conde de Peñaranda don Gaspar de Bracamonte, Fr. José de Bergaño, arzobispo cameracense, y Antonio Brun, del consejo de Flandes. Hasta Cataluña envió también al regente de la audiencia de Barcelona, Francisco Fontanella, para que informara al plenipotenciario de Francia de los usos, leyes y costumbres del Principado.

No nos incumbe hacer la historia, que sería larga, de las diferentes fases que fueron tomando estas negociaciones en su último período, que duró cuatro años, ni de las dificultades que cada día ocurrían para venir a una solución satisfactoria, ni de las varias combinaciones que se proponían, ni de las modificaciones, ni de los obstáculos y contrariedades que ocurrían, como era propio y natural en asunto tan complicado y difícil, y en que se cruzaban tan opuestas pretensiones y tan encontrados intereses de tantas naciones y de tantos príncipes. Todos tenían interés en la pacificación, pero todos aspiraban a sacar de ella en provecho propio mas de lo que los otros consentían. Intentaba la Francia quedarse con los Países Bajos en cambio de Cataluña, con cuya mira procuraba disuadir a los holandeses de hacer una tregua con España, al mismo tiempo que el príncipe de Orange recibía avisos de que Francia y España andaban en negociaciones secretas; y cuando la corte española remitía a la reina de Francia sus condiciones de paz, los plenipotenciarios franceses hacían confianza de ello a los de Holanda, que se mostraban resentidos. La reina pedía la Navarra, y consentía en el matrimonio de la infanta de España con el rey su hijo, y por último hacia al

(4) Hay entre los historiadores respecto al resultado material de esta batalla la misma discordancia que generalmente se observa en todos los hechos de esta clase. Unos hacen subir el número de muertos a ocho mil, y a cinco mil el de los prisioneros: otros suponen ocho mil prisioneros, y limitan el número de los muertos a mil quinientos, etc. Nosotros, según nuestra costumbre, tomamos el término medio que resulta de los cálculos de los historiadores de las diferentes naciones, contando con el interés encontrado que han podido tener en aumentar ó disminuir, y cuidándonos siempre menos de averiguar la exactitud numérica de los muertos ó heridos, que del resultado sustancial y moral de la batalla.

monarca español árbitro de la paz, respuesta que oyeron con sorpresa y con recelo los españoles. Cuando se iba ya arreglando un acomodamiento entre España y la república holandesa, advertían los holandeses cierta lentitud por parte de la Francia para la marcha de las negociaciones que se les hacía sospechosa, lo cual los movió a tratar particularmente con los españoles.

Iguales ó parecidas dificultades y complicaciones ocurrían cada día entre Francia, Suecia, Roma, el imperio, y los demás príncipes que tenían intervención en el tratado.

Al fin, después de muy largas y muy laboriosas negociaciones, el 24 de octubre de 1648, se concluyó el tratado de paz de Munster, donde algunos días antes se habían reunido los plenipotenciarios de Osnabruck. El famoso tratado de Munster, que se nombra mas comunmente de Westfalia, por pertenecer ambas ciudades al círculo así llamado, estableció la paz entre la Francia y el Imperio, puso término a la guerra de Treinta años, fijó de una manera definitiva y estable la constitucion política y religiosa de Alemania, y le dió verdaderamente su organizacion moderna: por él se cedió a la Francia la Alsacia; a la Suecia la Pomerania y otros territorios; se determinó la independencia de los diferentes Estados del imperio, y se secularizaron varios obispos y abadías, lo cual produjo solemnes protestas del papa contra este convenio.

Por lo que hace a España, lo importante y lo trascendental fué el reconocimiento que hizo de las Provincias Unidas de Holanda como nacion libre é independiente, quedando cada una de las dos potencias con lo que poseía, y declarándose libre para entrambas naciones la negociacion y comercio de las Indias Orientales y Occidentales. El tratado se hizo sin conocimiento del cardenal Mazarino, que se quedó asombrado cuando lo supo; quejóse altamente de la ingratitud de los holandeses, y redobló sus esfuerzos y sus intrigas para separar la casa de Austria de la de España (1).

Esta paz fué el término de las sangrientas y calamitosas guerras que por mas de ochenta años, desde los primeros del reinado de Felipe II, sostuvieron, sin mas interrupcion ni descanso que la tregua de doce años, aquellas desgraciadas provincias contra todo el poder de España, la nacion entonces mas poderosa del orbe; guerras en que se consumieron los tesoros del Nuevo Mundo por cerca de un siglo, y en que se derramaron rios de sangre flamenca y española. Con la paz de Munster quedó puesta de manifiesto a la faz del mundo la impotencia de España; pero por mas que las condiciones del tratado fuesen desventajosas y humillantes para la nacion española, la situacion a que esta había venido por una serie de fatales circunstancias, no hacia posibles ya otras en que saliéramos mas aventajados.

Mazarino y la corte de Francia, cuyo reino seguía gobernado por una reina española de la dinastía de Austria, no cesó, sin embargo, ni retrocedió en su plan de separar los intereses de las dos monarquías de la rama austriaca, y este fin llevaba en el que se celebró entre la Francia y el imperio en la misma ciudad de Munster (2). La paz de Westfalia dió ya otro giro a los negocios de Europa, pero si otros Estados pudieron disfru-

(1) Woltmann, Historia de la Paz de Westfalia, 2 volúmenes, Leipzig.—Schiller, Hist. de la guerra de Treinta años.—Larrey y Limiers, Historia del reinado de Luis XIV.—Vivanco, Historia MS. de Felipe IV.—Poderes dados por Felipe IV a sus plenipotenciarios, marqués de Peñaranda, etc., para tratar de la paz con los holandeses, en Zaragoza a 6 de junio de 1646.—El tratado consta de 79 artículos, fundados todos sobre las bases que hemos indicado, y se encuentra en todas las colecciones de Tratados de paz.

El texto castellano comenzaba: «Don Felipe por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, etc.—Sea notorio a todos, que después de largo tiempo de guerras sangrientas, que por tantos años han afligido los pueblos, súbditos, reinos y tierras de los señores rey de España y de los Estados de las Provincias Unidas de los Países Bajos; é los Señores Rey y Estados, movidos de compasion cristiana, y deseando poner fin a las calamidades públicas y atajar los futuros subcesos e inconvenientes, daños y peligros de la continuacion de las dichas guerras de los Países Bajos, que podrian causar, y aun por una extension en otros Estados, países y mares mas remotos, etc., etc.»

(2) *Instrumentum, sive Tractatus Paris signatum et obsignatum Monasterii in Westphalia, die 24 octobris, anno 1648, per Legatos plenipo-*

tar de ella, por desgracia la guerra continuó entre Francia y España, y entre España y Portugal, como adelante veremos.

## CAPITULO XII

## ITALIA

## Insurreccion de Nápoles

DE 1647 A 1648

Intrigas de Mazarino en Italia.—Piérdense Piombino y Portolongone.—Rebelion de Sicilia.—Causas y circunstancias que la prepararon.—Mal gobierno del marqués de los Velez.—Sublevacion en Palermo.—Cobardía de conducta del virey.—Rebélense otras ciudades de Sicilia.—Cómo se quietaron.—Rebelion de Nápoles.—Causas del disgusto de los napolitanos.—Mal comportamiento de los vireyes españoles.—El duque de Arcos.—Impuesto sobre la fruta.—Indignacion popular.—Grave insurreccion.—Masaniello.—Cobardía y debilidad del virey.—Concesiones al pueblo.—Abraza el duque de Arcos públicamente a Masaniello.—Triunfo popular.—Solemne jura de los fueros.—El cardenal Filomarino.—Desvanecimiento de Masaniello.—El pueblo le asesina por malvado, y al día siguiente adora su cadáver.—Sangrientos combates en Nápoles: ármanse mas de cien mil hombres.—El príncipe de Massa general de los insurrectos.—Combates mortíferos.—Acude don Juan de Austria con buena escuadra.—Fuego horroroso de los castillos y de las naves sobre la poblacion.—Incendio y mortandad.—Nuevo triunfo del pueblo.—Asesinato del príncipe de Massa.—Nuevo caudillo popular: Genaro Annese.—Ejército contrarrevolucionario de los nobles.—Sublevacion y socorros de las provincias a los populares.—Proclaman los de Nápoles al duque de Guisa, y se erigen en república.—Escuadra francesa en las aguas de Nápoles: el duque de Richelieu.—El cardenal Mazarino no favorece al de Guisa.—Abandónale el duque de Richelieu.—Descontento popular: comienza a decaer la revolucion.—Separacion y relevo del duque de Arcos.—Es nombrado virey de Nápoles el conde de Oñate.—Don Juan de Austria resiste un ataque general de los insurrectos.—Manejo y política del conde de Oñate.—Error gravísimo del duque de Guisa.—Aprovéchase de él el de Oñate, y entra en la ciudad.—Sométense los rebeldes.—Prision del de Guisa.—Son severamente castigados los sediciosos: suplicios.—Recóbranse Piombino y Portolongone.—Sujétase al duque de Módena.—Situacion de Italia después de la revolucion de Nápoles.

Los efectos de la siniestra influencia de un mal gobierno se extienden y hacen sentir en todas las regiones a que alcanza su dominacion; y cuando un Estado entra en el periodo de la decadencia, en todas partes sobrevienen conflictos que contribuyen a aumentar su descrédito y a amenguar su poder. Lo extraño y lo admirable habría sido que las distracciones del monarca, los desaciertos de sus ministros, y la desmoralizacion de los favoritos y cortesanos no hubieran producido mas amargos frutos que los que dentro de los límites de la Península se recogian. No era así por desgracia, ni podía ser. Ya hemos visto cuán mal parados andaban nuestros asuntos en Flandes. No presentaban mas lisonjero aspecto en Italia.

Después de haber perdido algunas plazas el conde de Siruela, que había reemplazado en el gobierno de Milan al marqués de Leganés, quiso nuestra desgraciada suerte que nuestros mas firmes auxiliares hasta entonces, el príncipe Tomás y el cardenal de Saboya, que después que dejó el capelo para casarse con su sobrina tomó el título de príncipe Mauricio, mas por sus intereses que por las quejas que suponían de España y desavenencias con nuestros generales, se reconciliaran con la duquesa, y lo que fué peor, uniéronse con los franceses contra los españoles cuya causa habían siempre defendido. Reunidos ya para mal nuestro franceses y saboyanos, tomáronnos a Niza, Verna, Crescentino y Tortona, bien que valerosamente defendida esta última por el conde de Siruela, quien al menos dejó con honra el mando al marqués de Velada, que desde Flandes pasó a sucederle. Hasta el pequeño príncipe de Mónaco, Honorato Grimaldi, que había sido un leal vasallo de España, y en cuyo puerto había desde Carlos V una guarnicion de españoles, viendo tan decaída allí nuestra causa, abrió las puertas de la ciudad a los franceses, no sin que los españoles, aunque sorprendidos y casi

*tenarios Sacrarum Magestatum Imperialis et Christianissima, etc.—Pacta Gallie, cap. LXXIV.*